

Refugio de invierno

Obra de cámara · Obra de 2 personajes · 1 hombre, 1 indistinto · 50 min · Avanzado · Desde 14 años

La última noche antes del cierre de un refugio de alta montaña, la tormenta corta la radio y alguien llama a la puerta. El guarda tarda mucho en abrir. El relato de quien entra tiene huecos, y el viejo tiene sus razones para no querer a nadie esa noche. Hasta el amanecer, en el refugio solo queda una pregunta: a qué lado de la puerta está el peligro.

El refugio de la Pierre Blanche, a 2.700 metros, en los Alpes, la noche del 14 de octubre, en la actualidad.

Reparto

JOSEPH (Papel masculino, Sénior) 66 años, guarda del refugio desde hace treinta y una temporadas; mañana, un helicóptero lo bajará al valle para siempre.

ALEX (Sin marca de género, Adulto) 32 años, llama a la puerta del refugio una noche de tormenta, con una mochila demasiado ligera.

ACTO I : LA PUERTA

ESCENA 1

(La sala común de un refugio de montaña. Una mesa larga, bancos, una estufa de leña. Una radio en una estantería, junto a una hilera de registros viejos. En la ventana, pequeña y con barrotes de hierro, una lámpara encendida. Fuera, el viento.)

(Joseph, con el micrófono de la radio en la mano.)

JOSEPH. Pierre Blanche para Les Granges. Pierre Blanche para Les Granges, ¿me recibes?

(Un chisporroteo.)

JOSEPH. Sí, Hervé. Sopla, sí. Ochenta, puede que más en la cresta. No, el tejado aguanta. Ha aguantado treinta y un inviernos, aguantará una noche más.

(Un chisporroteo.)

JOSEPH. No. Nadie. Los últimos bajaron el domingo. Estoy solo. Está todo vaciado, las mantas dobladas, el gas cortado. No quedamos más que yo y la estufa.

(Un chisporroteo.)

JOSEPH. A las nueve, si puede. No tengáis prisa. Si el viento no amaina, no hagas subir a Bruno para nada. Yo no me voy a ninguna parte.

(Un chisporroteo, más largo.)

JOSEPH. Sí. Sé qué día es hoy. Buenas noches, Hervé.

(Cuelga el micrófono. Echa un leño a la estufa. Sobre la mesa, un sobre cerrado; lo empuja hasta el centro, lo alinea con el borde.)

(Saca del bolsillo de la camisa un papel doblado, lo mira sin desdoblarlo, lo vuelve a guardar.)

(Tararea una melodía, unas pocas notas, siempre las mismas.)

(Llaman a la puerta.)

(Joseph se queda inmóvil.)

JOSEPH. Un golpe, es el viento.

(Vuelven a llamar, más fuerte.)

JOSEPH. Dos golpes, es la nieve.

ALEX. ¿Hay alguien? ¡Veo la luz!

(Joseph mira la lámpara de la ventana. No se mueve.)

ALEX. ¡Por favor! ¡Ya no siento las manos! ¡Abra!

(Golpes, a manos llenas, que ya no paran.)

(Joseph va a la puerta. Pone la mano en el cerrojo. Una pausa. Abre. El viento y la nieve entran con Alex, que está a punto de caer.)

ESCENA 2

(Joseph vuelve a cerrar la puerta y echa el cerrojo. Alex, con nieve hasta los hombros, se apoya en la pared, las manos bajo las axilas.)

JOSEPH. Ahí. Junto a la estufa. No tan cerca.

ALEX. Gracias. Gracias...

JOSEPH. Los guantes. Quíteselos.

(Alex lo intenta. Los dedos no responden. Joseph le arranca los guantes, los tira sobre la mesa, toma las manos de Alex entre las suyas.)

JOSEPH. Mueva los dedos. Todos. El meñique también.

ALEX. Quema.

JOSEPH. Mejor. Lo que quema está vivo. Lo que ya no quema, se corta.

(Se agacha y desata las botas de Alex. Les da la vuelta: cae un hilo de agua sobre el suelo de madera.)

JOSEPH. Son nuevas.

ALEX. Las compré la semana pasada.

JOSEPH. ¿Para subir aquí?

ALEX. Para caminar.

JOSEPH. Nadie hace su primera salida con botas nuevas un 14 de octubre, con ochenta kilómetros por hora anunciados desde el lunes.

ALEX. No escuché el parte.

JOSEPH. Todo el mundo escucha el parte. Hasta las vacas escuchan el parte.

(Le echa una manta sobre los hombros a Alex, sirve algo caliente en un cuenco, se lo tiende.)

JOSEPH. Beba. Despacio.

(Alex bebe. Una pausa.)

ALEX. Ha tardado mucho.

JOSEPH. ¿En qué?

ALEX. En abrir.

JOSEPH. El refugio está cerrado.

ALEX. Había luz.

JOSEPH. Siempre hay luz. Por eso la gente llama.

ALEX. Vi su sombra. Detrás del cristal. Estaba de pie, pegado a la puerta.

JOSEPH. ¿De dónde viene?

ALEX. De abajo. De Les Granges.

JOSEPH. ¿A qué hora salió?

ALEX. Esta mañana. A las siete.

JOSEPH. A las siete. Son las nueve de la noche. De Les Granges hasta aquí hay cinco horas. Seis, para quien vaya despacio.

ALEX. Me equivoqué en un desvío.

JOSEPH. ¿En cuál?

ALEX. Después de la cabaña de los pastores. Tiré a la izquierda. El sendero del Lauzet.

JOSEPH. El Lauzet está cerrado desde agosto. Se le vino encima media pared. Hay una barrera, dos carteles y una cinta roja larga como el valle.

ALEX. Entonces no era el Lauzet.

JOSEPH. ¿Y qué era?

ALEX. No lo sé. Había niebla, luego nieve, luego nada. Ni sendero, ni hitos, ni arriba ni abajo. Así que tiré hacia arriba. Arriba, por lo menos, sabía

dónde estaba.

JOSEPH. ¿Y la noche? ¿Cómo se las arregló de noche?

ALEX. Mal.

JOSEPH. ¿No lleva frontal?

ALEX. Las pilas. El frío las vació.

JOSEPH. El frío lo vacía todo.

(Señala un mapa clavado con chinchetas en la pared, amarillento, lleno de trazos de lápiz.)

JOSEPH. Enséñemelo.

ALEX. ¿El qué?

JOSEPH. Su camino. Desde la cabaña de los pastores.

(Alex se levanta, con la manta sobre los hombros, y va al mapa. El dedo de Alex encuentra enseguida la cabaña, sube por una línea, se detiene.)

ALEX. Aquí. La niebla. Después, ya no lo sé. Tuve que atajar por aquí, bajo la pared, y salir a lo alto del vallón de las Combes.

JOSEPH. El vallón de las Combes.

ALEX. Lo pone aquí.

JOSEPH. Lo pone en letra muy pequeña. Lee usted bien los mapas, para alguien que se equivocó de desvío.

ALEX. Leo bien los mapas cuando tengo las manos calientes.

JOSEPH. Las Combes son el camino que se toma para bajar sin que te vean desde Les Granges. Nadie lo toma para subir.

ALEX. Pues lo he estrenado yo.

(Joseph mira el mapa un momento.)

(Va a la radio, descuelga el micrófono.)

ALEX. ¿Qué hace?

JOSEPH. Aviso al valle. ¿Le espera alguien, abajo? ¿Alguien que vaya a llamar a los de rescate a medianoche porque no ha dado señales de vida?

ALEX. No.

JOSEPH. Nadie.

ALEX. Nadie que espere.

JOSEPH. Pierre Blanche para Les Granges.

(Nada. Ni siquiera un chisporroteo.)

JOSEPH. Pierre Blanche para Les Granges, Hervé, ¿me recibes?

(Nada. Joseph gira un botón, luego otro. Le da golpecitos a la carcasa.)

JOSEPH. Funcionaba hace diez minutos.

ALEX. Es la tormenta.

JOSEPH. Esta radio tiene treinta años. Ha hablado en tormentas que arrancaban las chapas del tejado. Chisporrotea, escupe, no se calla nunca.

ALEX. Siempre hay una primera vez.

(Joseph cuelga. Mira a Alex.)

JOSEPH. Su nombre.

ALEX. Alex.

(Una pausa.)

JOSEPH. ¿Alex qué más?

ALEX. Alex Roux. ¿Y usted?

JOSEPH. El guarda.

ALEX. Eso no es un nombre.

JOSEPH. Joseph.

ALEX. Gracias, Joseph. Por la puerta.

JOSEPH. Déselas a la lámpara.

(Alex tiende las manos hacia la estufa. Encima, colgada de un clavo, una manopla roja pequeña, desteñida, tiesa de vieja.)

ALEX. ¿De quién es la manopla?

JOSEPH. ¿Qué manopla?

ALEX. Solo hay una. Encima de la estufa. Es diminuta.

JOSEPH. Alguien se la olvidó.

ALEX. ¿Cuándo?

JOSEPH. Hace mucho.

ALEX. Y usted la guarda.

JOSEPH. La gente vuelve a buscar sus cosas.

ALEX. ¿Una manopla de niño? ¿Quién vuelve a buscar una manopla de niño?

JOSEPH. Nadie. Pero la guardo igual. Acábase el cuenco.

(Alex bebe. Joseph deja los guantes de Alex junto a la estufa, bien extendidos, con cuidado.)

JOSEPH. Cuando haya entrado en calor, le enseño el cuarto de invierno.

ALEX. ¿El qué?

JOSEPH. Ahí detrás. Un cuarto que se queda abierto todo el invierno, para los que pasan cuando ya no hay guarda. Doce literas, mantas, una puerta que cierra.

ALEX. ¿Hay estufa?

JOSEPH. Hay mantas.

ALEX. ¿A cuántos grados se está ahí dentro?

JOSEPH. A cero. A dos bajo cero, de madrugada. Se sobrevive muy bien.

ALEX. Me va a mandar a dormir al frío. Después de esto.

JOSEPH. Le voy a mandar a dormir a la habitación de al lado.

ALEX. Aquí hay una estufa. Hay sitio. Hay veinte bancos vacíos.

JOSEPH. Esto es mi casa hasta mañana a las nueve. El cuarto de invierno es la casa de todo el mundo. Usted es todo el mundo.

ALEX. No le voy a molestar. Duermo en el suelo, ahí, contra la pared, no hago ruido. Y bajo al amanecer.

JOSEPH. Usted no baja a pie. Usted coge el helicóptero conmigo.

ALEX. Al amanecer, hago lo que me da la gana.

JOSEPH. Al amanecer, hará lo que yo diga. Hay cincuenta centímetros de nieve fresca sobre losas lisas, y una pared de roca que no va a ver. Mientras esté alrededor de este refugio, el que responde soy yo.

ALEX. ¿Y si no quiero que nadie responda por mí?

JOSEPH. Haber llamado a otra puerta.

(Abre el cajón bajo la radio. Saca una pistola naranja, grande, comprueba el cartucho, la vuelve a meter en el cajón y lo cierra.)

ALEX. ¿Qué es eso?

JOSEPH. Una pistola de bengalas.

ALEX. ¿Por qué la saca?

JOSEPH. No la saco. Compruebo que está ahí.

ALEX. Y está ahí.

JOSEPH. Si la radio no vuelve, es lo único que nos queda para hablar con el valle. Una bengala roja, por encima del collado. La ven desde el cuartel de la gendarmería, cuando no nieva.

ALEX. ¿Y cuando nieva?

JOSEPH. Cuando nieva, se espera.

ESCENA 3

(Más tarde. El viento golpea los postigos. Alex, bajo la manta, con los pies descalzos hacia la estufa. Joseph hace astillas con una navaja, sin levantar la vista.)

ALEX. ¿Qué hace con esa navaja?

JOSEPH. Astillas. Para quien abra el verano que viene. Siempre se le dejan astillas al que viene después.

(Una pausa.)

JOSEPH. ¿Y usted, allá abajo? ¿A qué se dedica cuando no anda por ahí con botas nuevas?

ALEX. Arreglo ascensores.

JOSEPH. Ascensores.

ALEX. La gente se queda atrapada entre dos pisos. Aprietan todos los

botones, gritan, golpean la puerta. Y entonces llego yo. Les oigo golpear mucho antes de verlos.

JOSEPH. ¿Y cuando abre?

ALEX. Todos dicen lo mismo. «Cuánto ha tardado.»

(Joseph no levanta la cabeza.)

JOSEPH. Entonces sabe lo que es un cable.

ALEX. Sé lo que es un cable.

(Una pausa. Alex señala la estantería.)

ALEX. ¿Qué son esos libros?

JOSEPH. Los registros. Uno por temporada. Todo el mundo firma al llegar: el nombre, de dónde viene, adónde va, el tiempo que hace.

ALEX. ¿Tengo que firmar?

JOSEPH. El registro de este año se fue el domingo, con la basura y las mantas sucias.

ALEX. ¿Y esos?

JOSEPH. Los viejos. Treinta y uno.

ALEX. Los guarda todos.

JOSEPH. Lo guardo todo.

ALEX. ¿Puedo mirar?

JOSEPH. No.

ALEX. ¿Por qué?

JOSEPH. Porque no es un libro de estampas. Es gente que ha pasado por aquí.

ALEX. ¿Y bajaron todos, esa gente que pasó por aquí?

JOSEPH. Casi todos.

ALEX. ¿Y los demás?

JOSEPH. El frío es un mentiroso. Al principio, duele. Al final, te dice que tienes calor. En primavera aparecen algunos en camisa sobre la nieve, con la chaqueta doblada al lado, los guantes puestos encima de una roca. Tenían

demasiado calor.

ALEX. ¿Ha encontrado a muchos?

JOSEPH. Bastantes.

ALEX. ¿Aquí?

JOSEPH. Por los alrededores.

ALEX. ¿Cerca de la puerta?

(Joseph levanta la vista. Una pausa.)

JOSEPH. ¿Por qué cerca de la puerta?

ALEX. Porque ahí es donde se habría acabado todo, para mí. Si usted no hubiera abierto.

(Joseph vuelve a su leña.)

ALEX. Antes no ha dicho la verdad.

JOSEPH. ¿A quién?

ALEX. A la radio. Ha dicho que estaba solo.

JOSEPH. Lo estaba.

ALEX. Y «no tengáis prisa». ¿Por qué un hombre que cierra su refugio le dice al valle que no tenga prisa en venir a buscarlo?

(Joseph deja la navaja.)

JOSEPH. ¿Cómo sabe lo que he dicho por la radio?

(Una pausa.)

ALEX. Estaba bajo la ventana.

JOSEPH. ¿Desde cuándo?

ALEX. Desde hacía un buen rato.

JOSEPH. Estaba bajo mi ventana, con las manos heladas, y no llamaba.

ALEX. Oí a un hombre en plena noche, sin nadie más, en lo alto de una montaña, que le decía al valle que no tuviera prisa. Que decía: «sé qué día es hoy». ¿Usted habría llamado?

JOSEPH. Con las manos en ese estado, yo habría llamado a la puerta del

diablo.

ALEX. Es lo que acabé haciendo.

JOSEPH. ¿Y qué día es hoy?

ALEX. A 14.

JOSEPH. ¿A 14 de qué?

ALEX. A 14 de octubre. Lo ha dicho usted. Un 14 de octubre, con botas nuevas.

(Joseph vuelve a coger la navaja, su trozo de madera.)

ALEX. Es su última noche aquí.

JOSEPH. El refugio cierra todos los años.

ALEX. No todos los años con un helicóptero solo para usted. «No quedamos más que yo y la estufa.»

JOSEPH. Escucha usted bien, debajo de las ventanas.

ALEX. ¿Le echan?

JOSEPH. Me bajan. El club ha encontrado a alguien. Un joven. Tiene un título de gestión, una página web y la cabeza llena de placas solares. El verano que viene habrá duchas calientes y menú vegetariano.

ALEX. ¿Y usted?

JOSEPH. Yo tendré un piso de dos habitaciones en Les Granges, con vistas al aparcamiento de los excursionistas. Los veré salir por la mañana. Contaré los que vuelven por la tarde.

ALEX. ¿Y la carta? La de la mesa. ¿Para quién es?

(Joseph pone el sobre boca abajo contra la mesa.)

JOSEPH. Para el valle.

ALEX. Para el valle tiene una radio.

JOSEPH. Hay cosas que no pasan por la radio.

ALEX. ¿Y la lámpara?

JOSEPH. ¿Qué le pasa a la lámpara?

ALEX. No espera a nadie, y deja una lámpara encendida en la ventana. Toda la noche. No quiere que nadie llame, y pone una luz para que llamen.

JOSEPH. Es una costumbre.

ALEX. ¿Desde cuándo?

JOSEPH. Desde hace mucho.

(Alex se levanta, con la manta sobre los hombros, y se acerca a la ventana. Alex toca los barrotes.)

ALEX. Barrotes. A dos mil setecientos metros.

JOSEPH. En invierno, el viento rompe los cristales. Y los que tienen frío, también.

(Alex mira la lámpara.)

ALEX. Antes era azul. ¿No?

(Joseph se queda inmóvil.)

JOSEPH. ¿Qué ha dicho?

ALEX. La lámpara. Tenía un cristal azul alrededor. Lo volvía todo azul, de noche, las manos, las paredes, la nieve detrás del cristal.

JOSEPH. ¿Dónde ha visto eso?

ALEX. No sé. En una foto. Una página sobre refugios antiguos, en internet.

JOSEPH. El cristal azul se rompió el invierno de dos mil uno. Aquí no había teléfonos para hacer fotos, en aquella época. Y nadie le hacía fotos a la lámpara.

ALEX. Entonces lo he soñado. Nunca he puesto un pie aquí. Nunca.

JOSEPH. ¿Qué edad tiene?

ALEX. Treinta y dos años. ¿Por qué?

(Alex sigue de cara al cristal. A espaldas de Alex, Joseph se levanta, descuelga la manopla de encima de la estufa y se la mete en el bolsillo de la camisa.)

JOSEPH. El cuarto de invierno. Ahora.

ALEX. Dijo: cuando haya entrado en calor.

JOSEPH. Ya ha entrado en calor.

ALEX. No.

JOSEPH. No le pido su opinión.

ALEX. Todavía tengo los pies blancos. Mire. ¿Quiere mirarlos? Lo ha dicho usted: lo que ya no quema, se corta. ¿Quiere que me corten los dedos de los pies, para su tranquilidad?

(Una pausa. Joseph vuelve a sentarse.)

JOSEPH. Una hora.

ALEX. Una hora.

JOSEPH. Una hora aquí, junto a la estufa, y se pasa usted detrás. Le doy mis mantas. Todas. Pero se pasa detrás.

ALEX. ¿Qué pasa esta noche que yo no deba ver?

JOSEPH. Nada. No pasa nada. No tiene que pasar nada.

(Alex se tumba en el banco, con la manta por encima de la cabeza. Una pausa larga. El viento. La respiración de Alex se hace más lenta.)

(Joseph se levanta sin ruido. Abre la mochila de Alex. Saca un frontal; aprieta el botón: se enciende. Lo apaga.)

(Saca de la mochila unos alicates de corte. Mira las mandíbulas de cerca. Quita de entre ellas un trocito de goma negra.)

(Alex tiene los ojos abiertos.)

ALEX. Está registrando mis cosas.

JOSEPH. Funciona, su frontal.

ALEX. Habrá entrado en calor.

JOSEPH. ¿Y esto?

ALEX. Son unos alicates.

JOSEPH. Ya veo que son unos alicates.

ALEX. Todo el mundo lleva unos alicates en la mochila.

JOSEPH. No con la funda de mi cable de antena entre los dientes.

(Silencio. Se miran.)

JOSEPH. Voy a ver la antena.

ALEX. Voy con usted.

JOSEPH. No. Usted se queda aquí. Junto a la estufa. No tan cerca.

(Se pone la chaqueta. De espaldas a Alex, abre el cajón bajo la radio, saca la pistola, le quita el cartucho y se lo mete en el bolsillo, vuelve a dejar la pistola y cierra el cajón. Coge una linterna, abre la puerta. El viento entra a ráfagas. Sale y tira de la puerta tras él.)

(Alex se queda inmóvil. Luego Alex va al cajón bajo la radio, coge la pistola de bengalas. Alex va a la puerta y echa el cerrojo.)

(Una pausa. Alguien intenta abrir. El cerrojo aguanta.)

JOSEPH. Alex.

(Alex no se mueve.)

JOSEPH. Alex, abra esta puerta.

(Llaman.)

JOSEPH. Veo su sombra, detrás del cristal.

(Vuelven a llamar, más fuerte.)

ALEX. Uno.

(Llaman.)

ALEX. Dos.

(Oscuro.)

ACTO II : EL REGISTRO

ESCENA 1

(Las once de la noche. Ya no llaman. Alex, en el suelo frente a la puerta, con la pistola de bengalas en las rodillas. El viento.)

ALEX. ¿Joseph?

(Nada.)

ALEX. Joseph. Conteste.

(Alex se levanta, va a la puerta, pega la oreja a la madera.)

ALEX. Sé que está ahí. No se ha ido. No puede ir a ninguna parte.

(Solo el viento. Alex pone la mano en el cerrojo. No lo descorre.)

ALEX. Llame. ¿Me oye? ¡Llame!

(A espaldas de Alex, al fondo de la sala, se abre una puerta pequeña. Entra Joseph, cubierto de nieve, con un manojo de llaves en una mano y un trozo de cable negro en la otra. Alex se da la vuelta de golpe y levanta la pistola.)

JOSEPH. Este refugio tiene dos puertas. Siempre ha tenido dos.

ALEX. No se mueva.

JOSEPH. La del cuarto de invierno se cierra por dentro, con llave. La llave la tengo yo.

(Vuelve a cerrar la puerta pequeña con llave tras él.)

(Tira el trozo de cable sobre la mesa.)

JOSEPH. Cortado limpio. A dos metros del suelo, bajo el alero. Hay que subirse al banco para llegar. El viento no se sube a los bancos.

ALEX. Siéntese.

JOSEPH. ¿Sabe usarla?

ALEX. Se aprieta y sale.

JOSEPH. Sale, sí. Sale a trescientos metros de altura para que la vean desde el valle. Disparada dentro de una habitación, le prende fuego al suelo, a las cortinas, a la persona que está enfrente y a la que dispara.

ALEX. Siéntese, Joseph.

(Joseph se sienta en la punta del banco. Se quita los guantes, se sopla en las manos.)

JOSEPH. Ya no siento los dedos.

ALEX. ¿Queman?

JOSEPH. Todavía no.

ALEX. Entonces espere. Lo que quema está vivo.

JOSEPH. ¿Qué quiere?

ALEX. Oírle llamar.

JOSEPH. He llamado.

ALEX. No mucho rato. Sabía dónde estaba la otra puerta. Tenía la llave. Él no tenía llave.

(Una pausa.)

JOSEPH. Él.

ALEX. El 14 de octubre de dos mil. Hace veintiséis años esta noche. Un hombre de treinta y ocho años, Daniel Ferrand, muerto de frío a treinta metros de esta puerta.

JOSEPH. Sé qué día es hoy.

ALEX. Era mi padre.

(Joseph no dice nada. Se mira las manos.)

ALEX. ¿No pregunta cómo lo sé? Tengo el informe. La gendarmería de Saint-Clair, cuatro páginas, una foto. Lo encontraron el 15, sentado contra una roca, en jersey. Sus guantes estaban en el umbral. Aquí. Puestos delante de su puerta, uno encima del otro. Y en la puerta, unos cortes. Esos.

(Alex va a la puerta, sin quitarle los ojos de encima a Joseph, y pasa la mano por la madera. Marcas profundas, a la altura de un hombre.)

ALEX. Treinta y una temporadas. Pinta los postigos cada dos años, he visto la pintura fuera, está fresca. La puerta, nunca. Nunca la ha lijado. ¿Quería conservarlos?

JOSEPH. Lo guardo todo.

ALEX. Tenía la navaja en la mano. Abierta. Los gendarmes escribieron: «habría intentado forzar la puerta del refugio con su navaja». Quería entrar, quería vivir, arañó su puerta hasta que las manos ya no le dieron más. Y el guarda dijo... ¿sabe lo que dijo el guarda?

JOSEPH. Que yo dormía.

ALEX. «No oí nada. El viento era demasiado fuerte. Estaba dormido.»

JOSEPH. Es lo que dije.

ALEX. No dormía.

(Una pausa.)

JOSEPH. No.

ALEX. Usted no duerme nunca. Le he visto esta noche. He llamado, y estaba de pie detrás de la puerta, con su sombra en el cristal. Ha escuchado. Usted estaba ahí, hace veintiséis años, de pie, y escuchó morir a un hombre.

JOSEPH. ¿Quién le dijo que había algo que buscar? El informe dice que yo dormía.

ALEX. Mi madre.

(Joseph levanta la cabeza.)

ALEX. Murió en abril. Nunca habló de esa noche. Nunca. Ni de él. Ni una foto en casa, ni un nombre. Había recuperado su apellido, Roux, y me lo dio a mí. Nos mudamos cuatro veces. Cerraba la puerta con dos vueltas de llave, de día, de noche, para bajar la basura. No quería oír hablar de la montaña. Ni una excursión, ni una foto de nieve. Cuando nevaba, corría las cortinas.

JOSEPH. ¿Y él? ¿Qué sabe usted de él?

ALEX. Lo que contaba su madre, a escondidas, las pocas veces que la veíamos. Que era gracioso. Que cantaba desafinando, a voz en grito, en el coche. Que conducía demasiado deprisa. Que tenía sus arrebatos, como todos los hombres de la familia, y que se le pasaban. Tengo tres fotos. En la mejor, se ríe, en un barco, y yo a hombros de él.

JOSEPH. ¿Y su madre? ¿Qué dijo?

ALEX. En el hospital, la última semana, ya no sabía qué día era. Hablaba con gente que no estaba. Y una noche me agarró la muñeca, muy fuerte, y dijo: «No abrió.» Una vez. Luego se durmió. No volvió a decir nada, ni ese día, ni después.

JOSEPH. «No abrió.»

ALEX. Veintiséis años de silencio, y dos palabras. Así que pedí el informe. Leí el nombre del guarda. Y el guarda seguía allí, en el mismo sitio, con la misma puerta.

JOSEPH. ¿Y usted, esa noche? ¿Dónde estaba?

ALEX. En casa de mi abuela, en Lyon. Tenía seis años. Mi madre le esperaba abajo, en el valle.

ALEX. Entre sus cosas, después, había una caja. Una caja de zapatos, debajo de la cama, con cinta adhesiva alrededor. Pensé que habría cartas, fotos de

él. Había una manopla de niño. Una sola. Tiesa del todo.

ALEX. Es todo lo que guardó de aquel año. Una manopla. ¿Usted lo entiende, que lo guarda todo?

JOSEPH. Uno guarda lo que puede.

ALEX. ¿Sabe lo que tiene gracia? Tengo un sueño, desde siempre. El mismo. Alguien llama, muy fuerte, mucho rato. Y una voz cuenta, muy cerca de mi oído. No veo nada, todo es azul, y la voz cuenta. Creía que era él. Que era mi padre llamando a alguna puerta, y que yo le oía. Como si se pudiera oír a alguien llamar a una puerta a doscientos kilómetros.

(Una pausa. Joseph se levanta despacio.)

ALEX. Quédese sentado.

JOSEPH. Los pies. Tengo que acercarlos al fuego.

(Joseph arrastra el banco hacia la estufa y se sienta. Alex se queda de pie, con la pistola baja.)

JOSEPH. ¿Y ahora qué va a hacer?

ALEX. No he terminado.

ESCENA 2

(El viento. Joseph se frota las manos encima de la estufa. Alex camina de un lado a otro, con la pistola baja.)

JOSEPH. Antes ha dicho: nadie que espere.

ALEX. ¿Y qué?

JOSEPH. A los treinta y dos años. Nadie que espere.

ALEX. ¿Y a usted qué le importa?

JOSEPH. Me ha leído un informe de la gendarmería y la última frase de su madre. Bien puedo preguntarle quién le espera.

ALEX. Ha habido gente. Acaban marchándose. Yo también cierro con dos vueltas de llave. De día, de noche. Lo compruebo tres veces, me levanto para comprobarlo otra vez. Hay gente a la que eso cansa.

JOSEPH. Y duerme con una luz encendida.

(Alex se detiene.)

ALEX. ¿Cómo sabe eso?

JOSEPH. No sé nada. Los que cierran con dos vueltas dejan una luz. He visto pasar por aquí a gente que cerraba con dos vueltas. No es eso lo que le pregunto. ¿Quién le espera?

ALEX. Nadie, ya se lo he dicho. Y yo no vivo en la montaña. Vivo en Lyon, en un cuarto piso, con dos cerrojos y una lucecita en el pasillo. Mi madre me ponía una, cuando me daba miedo la oscuridad. Una lucecita azul. Decía que era contra los monstruos. Nunca supe cuáles. Ahora tengo uno delante.

(Joseph no contesta.)

(Alex va a la estantería de los registros, pasa un dedo por los lomos, saca uno.)

ALEX. Dos mil.

JOSEPH. Deje eso.

ALEX. Dijo: todo el mundo firma al llegar. El nombre, de dónde viene, el tiempo que hace.

(Alex pone el registro sobre la mesa, lo abre, pasa las páginas con una mano, con la pistola en la otra.)

ALEX. «Once de octubre. Dos belgas, por el collado, niebla.» «Doce de octubre. Nadie.» «Trece de octubre. Un pastor, para pasar la noche, nieve.»

(Alex pasa la página. Se detiene. Mete el dedo en la encuadernación.)

ALEX. Falta una página.

JOSEPH. El 14 no había nadie.

ALEX. Entonces, ¿por qué arrancarla?

JOSEPH. La quemé.

ALEX. ¿Por qué?

JOSEPH. Porque no había nada escrito.

ALEX. Nadie arranca una página en blanco, Joseph. Nadie arranca una página en blanco de un libro donde se guardan hasta los belgas que pasan con niebla.

JOSEPH. No había nadie.

ALEX. Había alguien. Alguien firmó, ese día. Alguien estaba aquí, al calor,

mientras él llamaba. Alguien vio que usted no abría, y usted arrancó su nombre para que nadie le hiciera nunca la pregunta.

(Joseph se lleva la mano al pecho.)

JOSEPH. Nadie vio nada.

ALEX. ¿Quién?

JOSEPH. Quiere un culpable. Lo tiene delante. No busque más allá, más allá no hay nada.

ALEX. Entonces dígallo.

JOSEPH. ¿Decir qué?

ALEX. Lo que pasó. Con sus palabras. No «estaba dormido».

(Una pausa larga. Joseph mira la puerta.)

JOSEPH. Llamó hacia las once de la noche. Más o menos ahora. No como usted, esta noche. Usted llamaba para entrar. Él golpeaba para que cediera. Con los dos puños, luego con el pie, luego con otra cosa, con la hoja, contra la madera. Yo estaba ahí, de pie, en el sitio exacto donde me ha visto antes. Tenía la mano en ese cerrojo. No lo descorrí. En un momento dado, dejó de golpear. El viento siguió. A las cinco, salí. Sus guantes estaban en el umbral. Él estaba más abajo. Sentado. Tenía demasiado calor.

ALEX. Y usted mintió.

JOSEPH. Mentí. Y desde entonces, cada 14 de octubre, enciendo esta lámpara y me quedo de pie detrás de la puerta hasta la mañana. Veinticinco veces. Veinticinco noches, de pie. Nunca ha llamado nadie. Esta noche, alguien ha llamado.

ALEX. Y creyó que era él.

JOSEPH. Creí que me estaba volviendo loco. Luego gritó que ya no sentía las manos. Y abrí.

ALEX. Esta vez.

JOSEPH. Esta vez.

(Una pausa. Alex cierra el registro.)

ALEX. Amanecerá a las siete y media. Se va a poner las botas y la chaqueta. Va a salir. Yo voy a echar el cerrojo. Y usted va a llamar hasta que se haga de día. Y yo me voy a quedar detrás de la puerta, contando. Y esta vez no

habrá otra puerta. Las llaves.

(Joseph mira a Alex. Deja el manajo sobre la mesa. Luego rebusca en el bolsillo de la chaqueta y deja al lado un cartucho rojo, grueso.)

JOSEPH. Y esto.

ALEX. ¿Qué es eso?

JOSEPH. Lo que había en su pistola. Lo cogí al salir a ver la antena.

(Alex mira la pistola, luego el cartucho.)

ALEX. Desde hace un rato...

JOSEPH. Desde hace un rato, me está apuntando con un trozo de plástico naranja.

ALEX. Podría habérmela quitado de las manos. Cuando entró por el fondo. En cualquier momento.

JOSEPH. Sí.

ALEX. ¿Por qué no lo hizo?

JOSEPH. Necesitaba agarrarse a algo.

(Alex deja la pistola sobre la mesa, junto al cartucho, sin recargarla.)

ALEX. Eso no cambia nada. Sale igual.

JOSEPH. Lo sé.

ALEX. ¿No discute?

JOSEPH. No.

(Joseph se levanta, se sienta en el banco junto a la puerta, se ata las botas. Se pone la chaqueta, despacio, botón a botón.)

ALEX. ¿No tiene nada que decir?

JOSEPH. Usted lo ha dicho todo.

ALEX. ¿Va a sentarse contra una roca a esperar? ¿Es eso?

JOSEPH. Voy a hacer lo que usted dice.

(Va a la puerta, descorre el cerrojo, abre. El viento y la nieve entran a ráfagas. La lámpara vacila. Joseph se queda un instante en el umbral.)

ALEX. Llame. Cuando haya cerrado, usted llama.

(Joseph no contesta. Da un paso fuera, luego otro, y se aleja de la puerta.)

ALEX. ¡Joseph! ¡La puerta está aquí! ¡Joseph!

(Alex se precipita fuera. En la oscuridad y el viento, se les oye forcejear.)

ALEX. ¡Vuelva! ¡Joseph!

JOSEPH. ¡Suélteme!

ALEX. ¡Usted va a entrar! ¿Me oye? ¡Va a entrar!

(Alex vuelve de espaldas, tirando de Joseph por la chaqueta, con las dos manos. Joseph forcejea. Alex tira otra vez. Caen los dos al suelo, en la nieve que entra.)

JOSEPH. Déjeme...

ALEX. No.

(Alex se levanta, cierra la puerta de golpe, echa el cerrojo, se apoya en ella, sin aliento. Alex se mira las manos. Tiemblan.)

ALEX. Toda la noche no he querido más que una cosa: verle fuera. Y le acabo de arrastrar dentro.

(Joseph se levanta despacio, se apoya en la mesa.)

ALEX. No llamaba. Se iba.

JOSEPH. Es lo que usted quería.

ALEX. ¡Quería oírle llamar!

JOSEPH. Yo no llamo a las puertas.

ALEX. Iba hacia el collado. A oscuras. Sin frontal.

JOSEPH. Conozco el camino.

(Alex le mira. Luego Alex va a la mesa, coge el sobre, le da la vuelta.)

ALEX. «A la gendarmería de Saint-Clair.»

JOSEPH. No la abra.

(Alex la abre. Despliega una hoja.)

ALEX. «El 14 de octubre de dos mil, hacia las once de la noche, llamaron a la puerta del refugio de la Pierre Blanche. Lo oí. No abrí. Mentí en la investigación. Soy el único responsable. Me encontrarán mañana en el camino del collado, no muy lejos. No hagan correr riesgos a sus muchachos, yo no tendré prisa.»

(Una pausa.)

ALEX. Iba a salir. Esta noche. Conmigo o sin mí.

JOSEPH. Estaba previsto antes de que llegara usted.

ALEX. Seis meses. Seis meses preparando esta noche. Leí el informe cien veces, compré unas botas, miré el mapa hasta sabérmelo de memoria. Y usted se iba a sentar contra una roca antes de que yo llegara. Sin saber siquiera que alguien venía a pedirle cuentas.

JOSEPH. No sabía que alguien esperaba algo de mí.

ALEX. Por eso, nadie. «No tengáis prisa.» Por eso, la carta. «Soy el único responsable.» El único. ¿Por qué el único?

(Joseph no contesta. Se lleva la mano al pecho.)

ALEX. ¿Quién, Joseph? ¿Quién estaba aquí?

(Oscuro.)

ACTO III : UN GOLPE, ES EL VIENTO

ESCENA 1

(Las tres de la mañana. El viento ha amainado un poco. Joseph está sentado junto a la estufa, sin chaqueta. El manojo de llaves está sobre la mesa. Alex coge el cartucho rojo y recarga la pistola de bengalas.)

JOSEPH. ¿Qué hace?

ALEX. Lo que usted dijo. Una bengala roja por encima del collado. La ven desde la gendarmería.

JOSEPH. Cuando no nieva.

(Alex descorre el cerrojo, abre la puerta, levanta el brazo hacia el cielo y dispara. Una detonación seca. Un resplandor rojo entra por la puerta y la ventana, ilumina la sala, luego baja, lentamente, y se apaga. Alex vuelve a cerrar.)

JOSEPH. Está nevando.

ALEX. A lo mejor la han visto.

JOSEPH. No han visto nada. Duermen. Hervé duerme al lado de la radio con su perro, y Bruno no va a despegar el helicóptero hasta que caiga el viento.

ALEX. Entonces disparo otra.

JOSEPH. No hay otra. Acaba de disparar la única.

(Alex deja la pistola vacía sobre la mesa. Joseph tiende la mano hacia el manojo. Alex lo coge antes que él.)

JOSEPH. Devuélvame eso.

ALEX. No.

JOSEPH. Es mi refugio, hasta las nueve.

ALEX. «Mientras esté alrededor de este refugio, el que responde soy yo.» Lo dijo a las nueve de la noche. Son las tres. Me toca a mí.

JOSEPH. Hace cuatro horas, quería verme fuera. Estaba fuera. Me arrastró dentro.

ALEX. Lo sé.

JOSEPH. ¿Entonces qué?

ALEX. Entonces quiero que mañana esté vivo. Quiero un tribunal. Una sala, sillas, gente que escuche. Quiero que diga «lo oí» delante de otra gente, no solo delante de mí. No se va a ir al collado como quien se va de vacaciones, con una carta sobre la mesa y las gracias por las astillas.

JOSEPH. Un tribunal. Para un hombre de sesenta y seis años y una noche de hace veintiséis.

ALEX. Sí.

JOSEPH. ¿Sabe lo que pasa en un tribunal? Se hacen preguntas. A todo el mundo. Le pedirán que lo cuente, a usted. Releerán el informe línea por línea. Y se preguntarán, como usted, por qué un guarda arranca una página en blanco. Irán a buscar quién estaba aquí.

ALEX. Mejor.

JOSEPH. No.

(Se levanta y se acerca a Alex, con la mano abierta, hasta tocar el manojo.)

JOSEPH. Escúcheme. No le he pedido nada, esta noche. Le abrí, le calenté las manos, salí cuando me dijo que saliera. Ahora le pido una cosa. Una sola. Queme esa carta. Deme esas llaves, y déjeme subir al collado cuando sea de día. Y vuélvase a casa, con la frase de su madre, y con lo que ha hecho con ella hasta ahora. Tiene un culpable. Quédese.

(Joseph cierra la mano sobre la de Alex. Sujetan el manojito entre los dos. Ninguno suelta.)

ALEX. Suelte.

JOSEPH. Usted primero.

ALEX. Ya no siente los dedos. Me lo ha dicho.

JOSEPH. Siento los suyos.

(Una pausa. Joseph suelta.)

ALEX. ¿Por qué?

JOSEPH. Porque hay puertas que no se vuelven a abrir.

ALEX. ¿Qué está protegiendo? ¿A quién? Hace veintiséis años, y esta noche todavía. ¿Quién merece que suba usted al collado para no tener que decir su nombre?

(Joseph no contesta. Alex le mira largamente.)

ALEX. Ella. Mi madre. No estaba abajo, esperándole a él. Estaba aquí. Es su nombre, el de la página que arrancó.

(Joseph no se mueve.)

ALEX. La última noche de la temporada, cuando ya no queda nadie. Había subido a reunirse con usted. Y él se enteró. Era a usted a quien venía a buscar.

JOSEPH. Piense de mí lo que quiera.

ALEX. ¿Qué era usted para ella?

JOSEPH. Un guarda. Con una puerta.

ALEX. Ella tenía treinta años. Usted, cuarenta. ¿Subía aquí, los veranos que yo pasaba en casa de mi abuela? ¿Era por eso, tantos veranos en casa de mi abuela?

JOSEPH. No le voy a contar a su madre.

ALEX. Y usted le dejó fuera a él para quedarse con ella. Por eso, «el único responsable». Por eso corría las cortinas cuando nevaba.

JOSEPH. Si eso le sirve de historia, quédese. Pero no se la cuente a un juez.

ALEX. Me quedo delante de esta puerta hasta la mañana. Y las llaves se quedan conmigo. No saldrá ni por delante, ni por el fondo.

(Alex se mete el manojo bajo la camisa y se deja caer al suelo, de espaldas contra la puerta. Joseph se queda de pie en medio de la sala. Luego vuelve a la estufa y se sienta.)

(Una pausa larga. Alex se frota un pie descalzo contra el otro, los mira.)

JOSEPH. ¿Están blancos?

ALEX. No.

JOSEPH. Enséñemelos.

ALEX. Quédese donde está.

JOSEPH. Los dedos de los pies, cuando se ponen blancos, y luego grises, es que la sangre ya no llega a la punta. En dos horas, están duros como la madera. En tres días, un cirujano de Grenoble se los corta, uno por uno, y le dice: había que calentarlos enseguida.

ALEX. Los he puesto delante de la estufa.

JOSEPH. La estufa quema la piel sin calentar lo de dentro. Hace falta otra piel. Démelos.

ALEX. No.

JOSEPH. Entonces voy yo.

(Joseph coge un taburete y se sienta delante de Alex. Se abre la camisa, coge los pies de Alex y los aprieta contra su vientre. Contiene la respiración por el frío.)

ALEX. Está usted loco.

JOSEPH. Ya me lo han dicho.

ALEX. ¿Hace esto con todo el mundo?

JOSEPH. Con quien llama a la puerta.

(Una pausa. Alex no retira los pies.)

ALEX. Hace veintiséis años, ¿también hizo esto? ¿Con alguien?

JOSEPH. No se mueva.

(Mucho rato. Luego Joseph deja los pies de Alex sobre la manta, se cierra la camisa y vuelve junto a la estufa.)

ESCENA 2

(Las seis y media. La estufa ronronea. Alex, todavía contra la puerta, lucha contra el sueño. Joseph tararea la melodía de antes, muy bajo.)

ALEX. Pare.

(Se calla.)

ALEX. ¿Qué es esa melodía?

JOSEPH. Nada. Una canción para contar.

ALEX. ¿Contar qué?

JOSEPH. Lo que uno no quiere oír.

ALEX. Cántela.

JOSEPH. Yo no canto.

ALEX. Lleva horas tarareándola. Cántela.

(Una pausa. Joseph canta, muy bajo, casi hablando.)

JOSEPH. Un golpe, es el viento. Dos golpes, es la nieve. Tres golpes, es la montaña...

(Se detiene. El silencio.)

ALEX. ... que se da la vuelta y se duerme.

(Joseph no se mueve.)

ALEX. Que se da la vuelta y se duerme. ¿Cómo sé yo eso?

JOSEPH. No lo sé.

ALEX. ¿Dónde la aprendió?

JOSEPH. Me la inventé.

ALEX. ¿Cuándo?

JOSEPH. Una noche.

(Alex se levanta despacio y mira la estufa. El clavo, encima, está vacío.)

ALEX. La manopla. Estaba ahí, antes.

(Joseph desabrocha el bolsillo de la camisa. Saca la manopla roja y la pone en la mano de Alex.)

ALEX. Es roja.

JOSEPH. Era roja.

ALEX. La de la caja también. Roja, con una franja blanca en la muñeca. De la mano derecha.

(Alex le da la vuelta a la manopla.)

ALEX. Esta es la izquierda.

(Una pausa larga. Joseph saca del mismo bolsillo el papel doblado y lo deja sobre la mesa, delante de Alex.)

JOSEPH. No la quemé.

(Alex deja la manopla, despliega la hoja, lee.)

ALEX. «Catorce de octubre. Marthe Roux y Alex. Desde Les Granges. Hora de llegada: las ocho de la tarde. Viento fuerte, nieve.»

JOSEPH. Debajo.

ALEX. Hay letras grandes. La E está al revés. «ALEX.» Y un dibujo. Una lámpara. Con azul por todas partes, a lápiz, que se sale.

JOSEPH. Quería firmar como los mayores. Ella quiso cogerle la mano para la E. Usted no quiso.

ALEX. Yo estaba aquí.

JOSEPH. En ese banco, debajo de la ventana. Con la lámpara azul justo encima.

ALEX. En casa de mi abuela. Me dijo: en casa de tu abuela.

JOSEPH. A los gendarmes también se lo dijo. Antes de que amaneciera, le hice bajar por el vallón de las Combes. Usted dormía a mi espalda. Abajo, en el otro valle, ella cogió el primer autobús. A los gendarmes les dijo que le esperaba a él abajo. Yo volví a subir. Llamé al valle a mediodía y dije que acababa de encontrarlo. Nadie supo nunca que usted había estado aquí.

ALEX. ¿Por qué estábamos aquí? ¿Sin él?

JOSEPH. Ella tenía el labio partido, aquí. Un ojo que ya no se abría. Una bolsa hecha en cinco minutos, sus cosas y las de usted, todo revuelto. No contó nada. Me dijo: va a venir. Sabe dónde estamos, va a venir. Si llama, usted no abre. Diga lo que diga, usted no abre.

ALEX. Y vino.

JOSEPH. A las once. Ella estaba sentada en el suelo, contra esa pared, con las manos en los oídos. Usted dormía. Al primer golpe, abrió los ojos. Entonces le hice sentarse en mis rodillas, y dije: un golpe, es el viento. Volvió a golpear. Dije: dos golpes, es la nieve. Gritaba el nombre de su madre. Luego gritó el de usted, mucho rato. Entonces canté más fuerte. Él golpeaba, yo cantaba. Me inventaba estrofas, el viento, la nieve, la montaña, las marmotas que duermen, las estrellas que cuentan con nosotros. Al final, usted dormía. Yo seguí.

ALEX. ¿Cuánto tiempo?

JOSEPH. Hasta que ya no quedó nada que contar.

(Una pausa larga.)

ALEX. Podría haber abierto. Después. Cuando paró. Una hora antes, dos horas antes. Estaba a treinta metros. Se había quitado los guantes.

JOSEPH. Sí.

ALEX. ¿Por qué no salió?

JOSEPH. Usted dormía en mis rodillas. Y yo no sabía si había parado de verdad.

ALEX. Gritaba mi nombre.

JOSEPH. Sí.

ALEX. Mi padre gritaba mi nombre detrás de esta puerta, y usted cantaba por encima.

JOSEPH. Sí.

ALEX. A lo mejor solo quería verme. A lo mejor tenía frío, tenía miedo, habría pedido perdón. Usted no sabe nada. No abrió, no lo sabrá nunca.

JOSEPH. No lo sabré nunca. Hace veintiséis años que no lo sé. Cada 14 de octubre me pongo detrás de la puerta, y me pregunto qué habría dicho si hubiera descorrido el cerrojo. Y cada vez, por la mañana, sigo oyendo la

hoja en la madera.

ALEX. Era mi padre.

JOSEPH. Era su padre. Y ella tenía el labio partido.

(Una pausa.)

(Alex mira la puerta, los cortes.)

ALEX. Tenía su navaja.

JOSEPH. Tenía su navaja.

ALEX. Me mintió toda la vida.

JOSEPH. Cerró con dos vueltas de llave toda la vida. Era la misma puerta.

ALEX. «No abríó.»

JOSEPH. No.

ALEX. Me lo dijo apretándome la muñeca hasta hacerme daño.

(Una pausa.)

ALEX. Era a ella a quien protegía. Con su carta. «El único responsable.»

JOSEPH. No sabía que había muerto. Me he enterado esta noche, por usted.

ALEX. ¿Y yo?

JOSEPH. Y a usted. No quería que se lo contara un juez, con un expediente abierto delante, en una sala llena de sillas.

(Alex vuelve a doblar la hoja, se la guarda en el bolsillo con la manopla. Alex va al cajón de la radio, deja dentro la pistola de bengalas, saca un rollo de cinta adhesiva.)

ALEX. Amanecerá dentro de una hora.

JOSEPH. ¿Qué hace?

ALEX. Arreglo cosas. Es mi oficio.

ESCENA 3

(El alba. Una luz gris en la ventana; la lámpara sigue encendida. El viento ha caído. Joseph, sin nadie más, de pie junto a la mesa, con la carta en la mano. La puerta no tiene el cerrojo echado.)

(Llaman. Un solo golpe.)

(Joseph va a la puerta y abre enseguida. Entra Alex, con nieve en los hombros, los alicates y el rollo de cinta en la mano.)

ALEX. No ha esperado.

JOSEPH. No.

ALEX. Está arreglado. No aguantará el invierno, pero aguantará esta mañana. ¿Coge el helicóptero?

JOSEPH. Es lo que está previsto.

ALEX. Lo que estaba previsto era el collado.

(Joseph mira la carta. Abre la portezuela de la estufa, la echa dentro, cierra.)

(Va a la radio, descuelga el micrófono.)

JOSEPH. Pierre Blanche para Les Granges. Pierre Blanche para Les Granges.

(Un chisporroteo.)

JOSEPH. Sí, Hervé. Soy yo. El viento ha caído. Ya puedes hacer subir a Bruno.

(Un chisporroteo.)

JOSEPH. ¿Una bengala? No. No he visto nada.

(Un chisporroteo.)

JOSEPH. No. Solo no.

(Mira a Alex.)

JOSEPH. Somos dos.

(Alex va a la ventana y apaga la lámpara de un soplo.)



Ensayá este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.